

La pregunta por cómo debería ser el mundo, no tiene sentido alguno en esta concepción, ni siquiera mediada por las posibilidades reales de acometer esa transformación. Y el único contenido que sí se quiere preservar, el poder o jerarquía, no es presentado como un programa, sino como una realidad natural. Lo histórico son las formas de ese poder, pero la historia no puede borrar la jerarquía, el poder en cuanto tal.

Esto ha permitido al peronismo caracterizarse históricamente por encarar grandes transformaciones, todas ellas pensadas como reconstrucción de un orden amenazado vitalmente en la víspera. De ahí el énfasis en la hora grave como momento de aparición. Lo novedoso de este conservadorismo es que la reconstrucción del orden se basa en la creación de un orden nuevo. La novedad es el precio de la adaptación que el orden tributa a la nueva situación histórica.

La relación líder-masa, con todo lo que ella supone, es lo único que informa ese orden. No importa qué vínculo doctrinario ligue a la masa con el líder, pues como se vio tal vínculo es al fin vacío, pues se asimila a la cambiante palabra del conductor. A este orden le interesa menos la doctrina que el que la doctrina sea elemento de unión de la masa entre sí y con el líder. El contenido del orden es la jerarquía, que es al fin el verdadero nombre de la conducción. Es un orden que forma un tipo de ciudadano basado en el principio de obediencia al líder. En fin, un ciudadano que respeta y consiente el orden en el que está inmerso, más allá de cuál sea el contenido de éste. De ahí que al peronismo le interese la formación de la subjetividad, el alma individual, antes que su comprensión. La mística, antes que la crítica. La heteronomía, antes que la autonomía. En este sentido se mantiene inscripto en el moralismo clásico de los populismos<sup>34</sup>, en tanto inculcan el respeto a un tipo de vida signado por el respeto a las jerarquías. El control del ciudadano, logrado a través de la aceptación de éste de que él mismo debe empezar por auto-conducirse, es el fin de este tipo de conservadorismo. El orden empieza a fortalecerse en la subjetividad de cada ciudadano. El moralismo no sólo es coherente sino también complementario respecto de la escisión completa entre ética y política que supone la conducción, pues ambas están al servicio del tener las manos libres del líder: la primera, al conseguir la obediencia de las masas, y la segunda, al liberar al líder de todo reparo a la hora de actuar.

«La felicidad del pueblo y la grandeza de la Nación», único principio mantenido históricamente por el peronismo, sintetiza su vacío en cuanto a ideología y a la vez su moralismo: la felicidad puede significar muchas cosas, puede ser rellena con muchas políticas, y a la vez en ningún caso constituye un objeto de la política como actividad, pues ésta no se dirige a establecer un modo subjetivo de vida, sino un sistema de relaciones entre

<sup>34</sup> «El populismo es moralista en lugar de programático [...] la lógica y la efectividad son estimuladas menos que una actitud correcta y una combinación espiritual». Willis, Peter, en *Populism, its meanings and national characteristics*, G. Ionescu y E. Gellner (comps.), Londres, 1970, citado por Ludovico Incisa en «Populismo», *Diccionario de Política*, ed. cit., pp. 1280-1288.

instituciones. Su objeto son los valores como la libertad, la solidaridad, la igualdad o incluso los privilegios de clase, pero cualquiera de éstos representa siempre modos sociales de organización, no individuales de existencia. El estado de ánimo no es asunto político.

## V

¿Peronismo y menemismo constituyen dos movimientos políticos diferentes que en todo caso comparten una misma cultura política o son parte de una continuidad histórica?

Aquí es bueno recordar los dos tipos de identidad que hemos diferenciado en el comienzo. Una es la referida a lo que un movimiento político supone como proceso histórico cuando ejecuta políticas desde el Estado; es decir, el carácter de clase de su gestión, qué sectores la apoyan, quiénes se benefician de ella y quiénes no. Otra es la identidad de una formación política en cuanto tal; es decir, qué ideología la anima, qué valores, qué forma de hacer política, qué base social suele reunir, el carácter de su dirección, qué fines/programa enarbola. La primera identidad supone responder a ¿qué significó social e históricamente equis gestión? La segunda identidad supone responder a ¿qué caracteres posee tal formación política?

Puesto que el peronismo se caracteriza como formación política por concentrar su identidad en el modo de concebir y hacer la política antes que en una ideología<sup>35</sup>, no puede decirse que el menemismo, por el hecho de enarbolar unos principios de acción notoriamente distintos de los del peronismo clásico, sea en efecto diferente de éste. Más bien al contrario, el cambio de principios y su modo de ejercer el poder político atestiguan su capacidad de subordinar lo ideológico a una forma de hacer política, rasgo central del peronismo clásico, siempre en cuanto formación política.

Pero la continuidad histórica entre menemismo y peronismo como formaciones políticas, no autoriza a trasladar mecánicamente esa identidad al plano de lo que ambos significaron como procesos histórico-políticos. La permanencia de un modo de hacer y concebir la política impacta de modo diferente en la identidad como formación y en la identidad como proceso histórico o régimen. En efecto, en este último nivel hay que introducir una serie de elementos (carácter de clase, coaliciones de apoyo, régimen político) cuya variación introduce diferencias cualitativas. Como proceso histórico o régimen, peronismo y menemismo no son asimilables, excepto en que comparten un modo de hacer política. En el nivel de análisis del peronismo como proceso o régimen, la coincidencia en el modo de

<sup>35</sup> Cuando me hallaba redactando este artículo, un amigo de Buenos Aires tuvo la gentileza de enviarme un material que, sabiendo él la línea en la que yo estaba tratando de avanzar, supuso me serviría. Se trataba del reportaje hecho por Roy Hora y Javier Trimboli a Juan Carlos Torre (Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política, *El Cielo por Asalto/Imago Mundi*, Buenos Aires, 1994; pp. 197-220). En efecto, la reflexión de Torre tuvo el doble efecto de confirmación y descubrimiento: «Si no son sus políticas, que son muchas y variadas, si no es enteramente la composición social, porque muestra fluctuaciones nada despreciables, ¿qué es entonces, el peronismo? Se podría responder a la pregunta diciendo que el peronismo es una manera de hacer política, que es característica-mente peronista» (p.218).

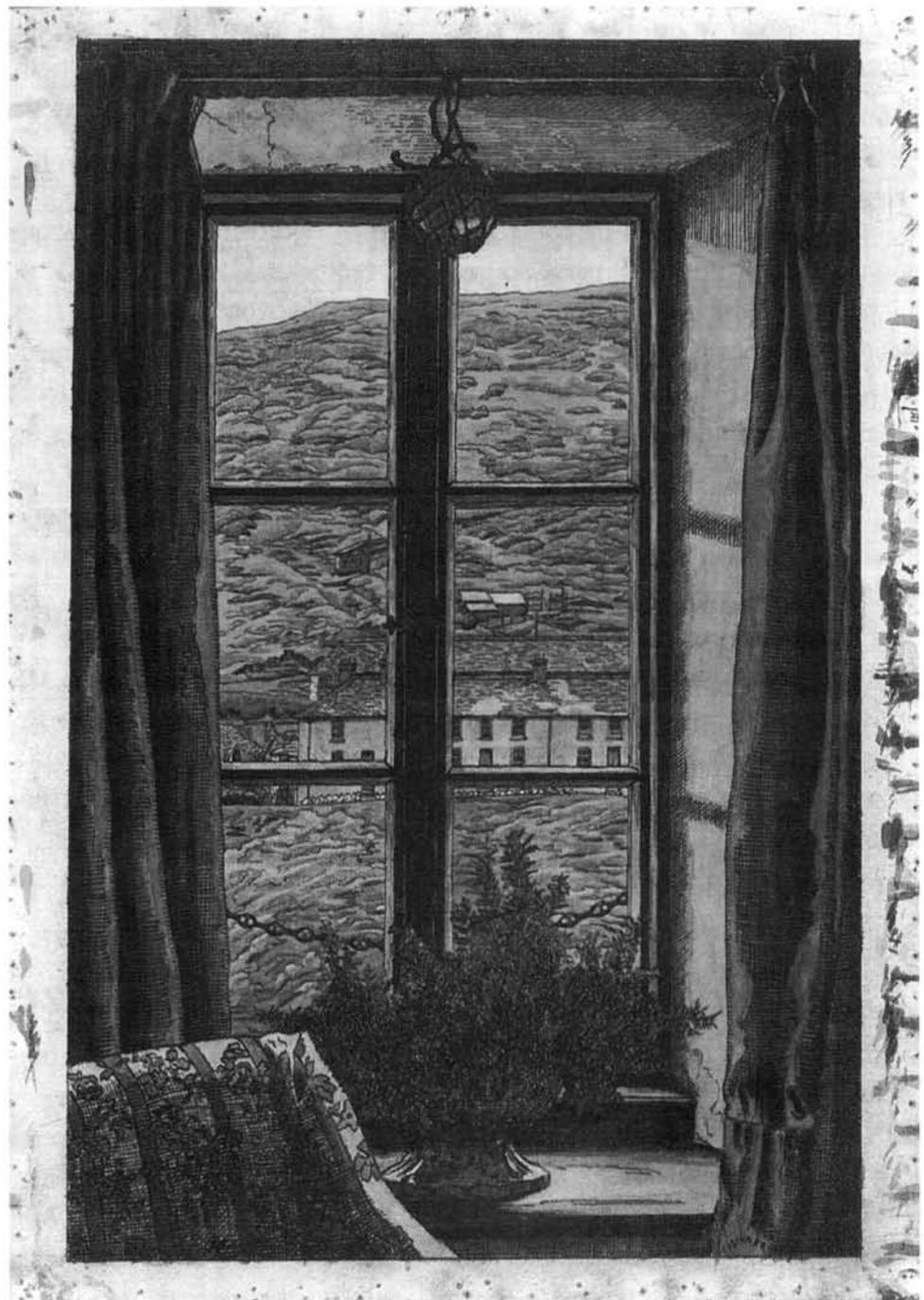
hacer política no basta para afirmar una continuidad, como sí en el plano analítico del peronismo como formación política, pues lo que se evalúa no es la lógica *interna* del movimiento, sino su impacto histórico (*externo*) en la sociedad. Es un análisis hecho con parámetros externos a la formación en cuestión, universales en tanto utilizables para cualquier experiencia de gobierno. Y aunque la continuidad en la forma de hacer política, en el plano analítico del peronismo y del menemismo como procesos históricos, no alcance para afirmar una identidad completa entre ambos, nos interesa destacarla, pues cierta tendencia reduccionista economicista tiende a imperar cuando se estudian las formaciones políticas en su rol de procesos históricos, lo cual hace que los elementos específicamente políticos queden de costado. La centralidad de lo económico-social en este nivel de análisis no debe tornarse excluyente, y menos de lo político.

El de proceso histórico y el de movimiento político son dos niveles que se interpenetran (un tipo de gobierno influye en el carácter de una formación política, y viceversa), pero, no obstante, requieren análisis específicos. No pueden deducirse juicios de uno al otro, como ocurre con quienes reducen el peronismo como formación a su época clásica como régimen. Cierto es que el peronismo como fenómeno histórico induce a esa superposición (y en buena medida, también el menemismo), dado que antes de su primer gobierno no existía y por tanto carece de tradición política con la que contrastarlo, lo cual hace que su identidad como formación quede absorbida por su identidad como proceso. En efecto, el peronismo se modela como formación a medida que se modela como régimen.

La particularidad del peronismo<sup>36</sup>, la de ser un conservadorismo del orden, la de subordinar lo ideológico programático a la consecución del predominio del conductor, abre en sí misma la posibilidad de que los gobiernos peronistas impliquen una continuidad desde el punto de vista de la formación política y por eso mismo, simultáneamente, una diferencia en cuanto a sus significados como proceso o régimen (salvo en el modo de hacer política).

<sup>36</sup> El peronismo pretendió ser un pensamiento original, no vinculable a las ideologías clásicas. Sin embargo, como ya se ha anotado, su conservadorismo tiene rasgos del de Gaetano Mosca. Con el riesgo de formular una enumeración sumaria, se pueden citar otros elementos ideológicos que pueblan el peronismo y que provienen del pensamiento europeo: del conservadorismo, la indefinición o desapego a la sistematización ideológica, el poder político como vertebrador de una sociedad que sin él caería en el caos y las masas como pesadilla; de la teoría de las élites, la reducción del poder político a la toma de decisiones, la división entre gobernantes y gobernados como ley de todo conjunto político, la supremacía de los dirigentes sobre los dirigidos por el factor organizativo (minoría organizada) y la antítesis constitutiva entre élite-masa, reconvertida por el peronismo en líder-masa; y del decisionismo schmittiano, la división amigo-enemigo como lo consustancial a la política y la lucha como combate agonista (mi vida es tu muerte).

**Javier Franzé**



Charles Ginner:  
*A través de una ventana  
de Cornualles*